

mas (1) cuyo poder pretendía cercenar y á los genizaros, que quería someter á la disciplina europea, expió con una espantosa caída sus sabios y generosos designios. Los ulemas le mostraban hacía mucho tiempo una desconfianza profunda; los genizaros miraban con una especie de furor á las nuevas tropas, conocidas con el nombre de *nizam djedid*. Unos y otros esperaban impacientes la ocasión de satisfacer sus rencores. Mandó el sultán que tomaran el uniforme de *nizam djedid* los genizaros que cubrían la guarnición de los fuertes del Bósforo y de los Dardanelos, y éstos se insurreccionaron, cundiendo el motín con la rapidez del rayo hasta las compañías de genizaros que se hallaban en Constantinopla y en las ciudades cercanas á la capital.

Acudieron todos á Constantinopla y tumultuaron en la plaza de At-Meidán (el antiguo hipódromo) poniendo boca abajo sus ollas, signo peculiar de sus revoluciones, como para indicar el desprecio del sustento debido á un señor aborrecido. Reunidos por otra parte los ulemas, declararon que un príncipe que había reinado siete años sin alcanzar posteridad, dejando tanto tiempo interrumpidas las peregrinaciones á la Meca, era indigno de seguir reinando. Los genizaros amotinados por espacio de muchos días pidieron sucesivamente, y obtuvieron, las cabezas de los ministros de la Puerta acusados de propender hacia el nuevo sistema, y aun á veces se apoderaron de ellas sin que les fueran entregadas; hasta que por fin, agravándose la sedición, proclamó el muftí la destitución de Selim y la elevación de Mustafá al trono. El infortunado Selim, encerrado en un aposento del serrallo, podía en verdad esperar todavía el auxilio de su ejército mandado por un súbdito leal cual era el gran visir Baraictar; pero este auxilio ofrecía grave riesgo, porque era de temer que al presentarse el gran visir á la cabeza de los soldados fieles, fuese asesinado el sultán destronado antes que pudiera ser socorrido. Tales eran las dramáticas noticias que acababa de recibir Napoleón en su cuartel general de Tilsit el día 24 de junio. El nuevo gobierno turco, según todas las apariencias, iba á ser enemigo de la Francia, precisamente porque el gobierno caído había sido su amigo. Era cierto, por otra parte, que la anarquía que devoraba á aquel desgraciado imperio le hacía entrar con la España en el número de aquellos aliados más embarazosos que útiles, sobre todo hallándose á la distancia que separa á Constantinopla de París, por cuya circunstancia no era fácil ni aconsejarle ni socorrerle con presteza. Napoleón, en quien el cambio de las ideas se verificaba con la vivacidad natural de su genio, miró de súbito los negocios de Oriente desde un punto de vista nuevo. Tiempo hacía que los hombres de Estado de Europa consideraban el imperio turco amagado de una repartición, y con esta mira había tratado Napoleón de apoderarse del Egipto, adelantándose á tomar la parte que correspondía á la Francia. Abandonó momentáneamente esta idea cuando en 1802 pensó en la reconciliación de la Francia con todas las demás potencias; volvió á acariciarla al ver lo que ocurría en Cons-

(1) El cuerpo de los *ulemas* en Turquía se compone de los doctores de la religión y de la ley. Sus funciones abrazan á un mismo tiempo el culto, la justicia y el gobierno. Esta corporación es muy poderosa en Constantinopla y viene á servir de contrapeso al despotismo del sultán. (N. del T.)

tantinopla, y juzgó que puesto que era imposible dar nueva vida á aquel imperio, lo mejor era aprovecharse de sus despojos para facilitar el arreglo de sus negocios de Europa, y sobre todo para humillar á la Inglaterra. Tenía á su lado, formidable todavía aunque vencido, á un soberano cuyo cerebro juvenil era muy fácil exaltar con sólo mostrarle los embocaderos del Danubio, el Bósforo y Constantinopla, y juzgó que por algunos de aquellos despojos turcos, que tarde ó temprano no podían menos de caer en suerte á la Rusia, obtendría él, no sólo la paz, que á la sazón no ofrecía la menor duda, sino también una alianza íntima y generosa, con cuyo auxilio vencería á la Inglaterra y consumiría las revoluciones que meditaba en las monarquías del Occidente.

Veía diariamente al emperador Alejandro, ya en las revistas, ya en sus largos paseos por la orilla del Niemen, ya por fin en un gabinete de estudio, donde estaba desplegado el mapa del mundo, y donde solía á menudo encerrarse con él después de comer; y poco á poco fué cautivando el corazón del príncipe, hasta que trastornó sus ideas completamente, y por fin le propuso, en una conversación casi continua que duró varios días, los siguientes planes.

«Una providencia del cielo, dijo á Alejandro, acaba de libertarme de mis compromisos con la Puerta; mi aliado y amigo el sultán Selim ha sido precipitado desde el trono á una prisión. Creía yo que podría sacarse algún partido de los turcos, infundirles alguna energía y enseñarles á servirse de su natural coraje; pero fué una ilusión: es preciso ya acabar con un imperio que no puede subsistir, é impedir que sus despojos contribuyan á aumentar todavía más el poderío de la Inglaterra.» En seguida explicó á los ojos de Alejandro los nuevos proyectos que acababa de concebir. Si el ruso deseaba ser aliado de la Francia de una manera estable y sincera, nada era más fácil ni nada sería más provechoso para él y para su imperio; pero esta alianza había de ser completa y sin reticencias, y había de consagrarse con una exclusiva abnegación por los intereses mutuos de las dos potencias. Esta alianza era la única que podía convenir á la Rusia; porque en efecto, ¿de qué se acusaba á la Francia? ¿Era por ventura de querer dominar la Italia, la Holanda y tal vez la España? ¿Era de querer crear en el Rhin un sistema que rebajase la antigua preponderancia del Austria en Alemania y enfocase allí el naciente predominio de la Prusia? A la Rusia nada se le importaba de Italia, España y Holanda. La misma Alemania se mostraba á la vez celosa y enemiga secreta de la Rusia, y ésta no podía negar el favor que se le hacía debilitando á las principales potencias alemanas. ¿Cuál era por el contrario la acusación que se hacía á la Inglaterra? Acusábasela de querer dominar los mares, que son patrimonio de todas; de oprimir á los pabellones neutrales, entre los cuales se contaba el ruso; de apoderarse del comercio de las naciones; de hacerlas tributarias entregándoles los géneros exóticos á los precios que le convenían y ella sólo fijaba; de asentar su huella en todas las partes del continente donde podía, en Portugal, en Dinamarca, en Suecia; de amenazar y apoderarse de todos los puntos dominantes del globo, como el Cabo, Malta, Gibraltar y el Sund, para imponer su ley á todo el universo mer-

cante. ¿No acababa entonces mismo de buscar el modo de conquistar el Egipto en vez de socorrer á sus aliados? Y ¿qué hubiera hecho, en época más reciente todavía, si hubiera tenido que apoderarse de los Dardanelos? Pero de estas manifestaciones de la codicia inglesa no podía decirse lo que de las pretensiones imputadas á la Francia, que nada le importaba á la Rusia. «Catalina la Grande y Pablo I opinaban, por el contrario, que esas muestras de codicia interesaban á la Rusia muchísimo, puesto que tanto éste como aquélla habían declarado la guerra á la Gran Bretaña sin más motivo que la indemnidad del pabellón neutral. Tanto oprimían los ingleses el comercio de las naciones, que llegaron á apoderarse del de San Petersburgo, cuyos capitales tenían ellos y que en sus manos se trocaban en un medio de influencia formidable sobre la Rusia, porque con sólo paralizar la circulación del dinero incitaban al crimen y al asesinato de los emperadores. Cualquiera ejército francés guiado por un caudillo de genio podía en rigor llegar hasta el Vístula y hasta el Niemen; pero ¿podría llegar igualmente al Nawa? Por el contrario, una escuadra inglesa podía, después de forzar el paso del Sund, incendiar á Kronstadt, amenazar á San Petersburgo, y después de haber forzado el paso del Bósforo devastar á Sebastopol y á Odesa. Una escuadra inglesa podía dejar incomunicados á los rusos en el Báltico y en el mar Negro y tenerlos allí encerrados y prisioneros como en un lago. Pero no habiendo punto de contacto entre Francia y Rusia, estas dos potencias, que tenían unos mismos enemigos, á saber, los ingleses por mar y los alemanes por tierra y que además reconocían al imperio turco como el objeto común de sus ambiciones, debían entenderse y concertarse, y con sólo quererlo, eran suficientemente poderosas para dominar unidas el mundo entero.

A esta grandiosa exposición añadió Napoleón un sistema de medios de ejecución más seductor aún que las ideas generales que acababa de desarrollar. Acusábasele de querer la guerra sólo por el placer de hacerla: era todo lo contrario, y he aquí la prueba. «Sed, dijo á Alejandro; mi mediador para con el gabinete de Londres; este papel conviene á vuestra posición de antiguo aliado de la Inglaterra y de próximo aliado de la Francia. Desisto de mis ideas sobre Malta: que se quede la Gran Bretaña con esta isla en compensación de mis adquisiciones desde el rompimiento de la paz de Amiéns; pero que devuelva sus colonias á España y Holanda, y con esta condición yo le restituiré el Hannover. ¿No es esta proposición justa y equitativa? ¿Puedo yo admitir otra alguna? ¿Puedo yo abandonar á mis aliados? ¿Y es posible que se ponga en duda mi lealtad y moderación cuando sacrifico mis conquistas del continente, y una conquista como la del Hannover, para rescatar las lejanas posesiones de mis aliados?

Confesó Alejandro que estas condiciones eran justísimas, y que no era lícito al decoro de la Francia admitir otras. Continuando Napoleón su razonamiento, obtuvo que este príncipe reconociese que si la Inglaterra no desistía de su empeño después de tales proposiciones, sería forzoso que se la obligara á ceder, porque no era razón que el mundo estuviese eternamente revuelto por su causa; y le probó que había un medio para sujetarla con una simple declaración. «Si la Inglaterra, dijo,

rehusa la paz con estas condiciones, proclamaos aliado de la Francia; proclamad que vais á juntar vuestras fuerzas con las suyas para garantir la paz marítima; haced saber á la Inglaterra que además de la guerra con la Francia, tendrá que sostenerla con todo el continente, con Rusia, Prusia, Dinamarca, Suecia y Portugal, las cuales no podrán menos de obedecer á nuestras intimaciones, y con la misma Austria, que no tendrá más remedio que pronunciarse en el mismo sentido si vos y yo la ponemos en la alternativa de tener guerra con nosotros ó de hacérsela á la Inglaterra bajo las condiciones enunciadas. La Inglaterra entonces depondrá las armas viéndose abocada á una guerra universal por no acceder á una paz equitativa.» Y añadió Napoleón: «Todo esto debe participarse á cada gabinete, asignándole un término improrrogable y próximo para tomar su decisión. Si la Inglaterra no cede, obraremos de común acuerdo, y ya nos proporcionaremos una indemnización suficiente de la continuación de la guerra. Dos países muy importantes, para la Rusia principalmente el uno de ellos, cuales son Portugal y Suecia, se opondrán tal vez por causa de su posición marítima que los tiene sometidos á la Inglaterra; pero por lo que hace al Portugal yo me entenderé con la España; vos por vuestra parte ocupad la Finlandia por vía de indemnización de la guerra que tendréis que hacer á la Suecia. Verdad es que el rey de Suecia es vuestro cuñado y aliado; pero si éstos no son suficientes títulos para hacerle seguir vuestra política, justo es que sufra las consecuencias de su mala voluntad. La Suecia, repitió varias veces Napoleón, podrá sernos momentáneamente favorable por parentesco y alianza; pero siempre será *nuestro enemigo geográfico* (1). San Petersburgo está demasiado cerca de la frontera de Finlandia, y no conviene ya que las hermosas damas rusas oigan desde sus palacios los cañonazos de los suecos.»

Después de adjudicar á Alejandro la Finlandia en pago de la guerra contra la Gran Bretaña, lisonjeó Napoleón su ambición, haciéndole entrever una recompensa todavía más espléndida por el lado del Oriente. «Debéis, díjole, servirme de mediador para con la Inglaterra; pero de mediador que pide la paz con las armas en la mano. Yo haré lo mismo por vos con la Puerta; la anunciaré mi mediación, y si se niega á tratar bajo condiciones que puedan satisfaceros, lo que no es de esperar atendido el estado de anarquía en que se halla envuelta, me uniré con vos contra los turcos, así como vos conmigo contra los ingleses; y entonces haremos una repartición conveniente del imperio otomano.»

Punto era éste que agrandaba infinitamente el campo de las hipótesis, y el más ocasionado á extraviar la imaginación de ambos soberanos en combinaciones gigantes. El deseo más ardiente de la Rusia era alcanzar inmediatamente una parte cualquiera de las provincias del Danubio, aunque se frustrase la negociación con la Puerta. Consentíalo Napoleón en pago del auxilio que la Rusia le prestase en los negocios de Occidente. Sin embargo, como era probable que los turcos no quisiesen ceder nada, la guerra iba á ser inevitable, y tras la guerra la repartición. Pero ¿cual sería ésta? Podían ad-

(1) Palabras textuales de Napoleón, repetidas por Alejandro al referir á Mr. de Caulaincourt lo ocurrido en Tilsit.

judicarse á la Rusia, además de la Besarabia, la Moldavia, la Valaquia y la Bulgaria, hasta la tierra de los Balkanes; Napoleón por su parte debía naturalmente desear las provincias marítimas, como la Albania, la Tesalia. La Morea y Candia. La Bosnia y la Servia podían ofrecer alguna indemnización para el Austria, ya pasando á ella en plena propiedad, ya constituyendo estos territorios en patrimonio de un archiduque, consolándole de este modo de unos trastornos cuyo resultado era siempre salir ella cercenada y sus rivales cada vez más engrandecidos.

Figurémonos al joven zar, el día antes humillado, reducido á solicitar la paz en el campamento de Napoleón, expuesto á perder una porción considerable del territorio de su aliado el rey de Prusia y á tenerse que retirar sin prestigio, aunque sin zozobra por sus propios Estados, demasiado lejanos para excitar la codicia del vencedor; figurémosle repentinamente transportado á una especie de mundo imaginario y real á un mismo tiempo, imaginario por su grandeza, real por su posibilidad, viéndose al día siguiente de una ruidosa derrota llamado á la conquista de la Finlandia y de una parte del imperio turco, y á recabar de una guerra malhadada más ventajas de las que pudo prometerse de una campaña feliz, como si el honor de haber sido vencido por Napoleón equivaliese á un triunfo y produjese sus mismos frutos; figurémonos al joven monarca que ansioso de gloria la había buscado por espacio de siete años en todas partes, ya en la civilización precoz de su imperio, ya en la creación de un nuevo equilibrio europeo, y sólo había encontrado descalabros inmortales, hallándola de repente en un sistema de alianza con su mismo vencedor, alianza que iba á valerle el honor de repartir con él, aunque en puesto inferior, la dominación del mundo, y á su imperio las soberbias conquistas prometidas por Catalina á sus sucesores y sepultadas con aquella grande emperatriz en el reino de las quimeras; figurémosle, por fin, trasladado tan de repente de su profundo abatimiento á tan deslumbradoras esperanzas, y comprenderemos sin dificultad su agitación, su embriaguez, su repentino afecto hacia Napoleón; afecto que se tradujo desde luego en una amistad entusiasta, y seguramente sincera en sus primeros instantes por lo menos.

Alejandro, que como hemos dicho era afable, humano y discreto, pero tan voltario como su padre, entró resueltamente en la nueva senda abierta por su diestro seductor. Nunca se separaba de Napoleón sin demostrarle una admiración ilimitada. «¡Qué hombre tan grandel, decía sin cesar á los que le rodeaban. ¡Qué genio! ¡Qué elevación de miras! ¡Qué capitán! ¡Qué estadista! Si yo le hubiera conocido antes, ¡cuántos errores me hubiera evitado! ¡Cuántas cosas grandes hubiéramos hecho juntos!» Sus ministros, que se habían reunido con él, y sus generales, echaban de ver la seducción de que era objeto, y no les pesaba de ello, porque celebraban que pudiese salir de su mal paso con la ventaja y decoro que anunciaba la satisfacción que radiaba su semblante.

Llegó á Tilsit entretanto el desgraciado rey de Prusia, con su infortunio, su tristeza, su severo juicio y su modesta rectitud. No eran para él las deliciosas confianzas que entusiasmaban á Alejandro. Pintábale éste

su intimidad con Napoleón como un medio eficaz para obtener grandes restituciones para la Prusia; pero le ocultaba la nueva alianza que se estaba preparando, y sólo le descubría una mínima parte del secreto. Muy chocante era, en efecto, que uno de los dos vencidos hubiese de lograr tan pingües conquistas, al paso que otro perdiese la mitad de su reino. Aunque Napoleón trataba á Federico Guillermo con exquisitos miramientos, sin embargo prescindía de él con frecuencia. No tenía á caballo, al frente de las tropas, la apostura graciosa de Alejandro ni el sereno ascendiente de Napoleón. Quedaba muy á menudo rezagado, aislado y solo como la desgracia; al montar y al apearse del caballo hacía esperar á sus compañeros coronados, y era, en una palabra, objeto de menos consideración y estima que la que en realidad merecía, porque por los rumores que espárcían los de la corte imperial, creían los franceses que la Prusia había hecho traición á Napoleón, y los rusos repetían sin cesar que se había batido mal. Todos los halagos eran para Alejandro: al regresar de sus largas expediciones, le obligaba Napoleón á permanecer en su aposento, le prestaba hasta sus muebles y su ropa blanca, y no le dejaba irse á mudar á su habitación. Tenía Napoleón para su uso un rico neceser de oro: pareció agraderle, y le obligó inmediatamente á que lo aceptara. Comían juntos los tres soberanos, siempre en el aposento de Napoleón, y poco después de comer se separaban, y los dos soberanos se encerraban juntos, excluyendo á Federico Guillermo de esta privanza, que siempre se explicaba del mismo modo, por las supuestas instancias de Alejandro en favor de la conservación de la monarquía prusiana.

Pero no era ella el objeto de aquellas largas conversaciones, sino el inmenso sistema europeo por cuyo medio esperaban dominar la Europa de consuno. El tema continuo de sus sesiones era el repartimiento posible y probable del imperio turco. Habíase discutido, como hemos visto, el primer plan de división; pero parecía incompleto. Dábanse á la Rusia las orillas del Danubio hasta los Balkanes; Napoleón se quedaba con las provincias marítimas, como la Albania y la Morea; y las provincias interiores, como la Bosnia y la Servia, se adjudicaban al Austria. La Puerta conservaba la Rumelia, es decir, la parte meridional de los Balkanes, Constantinopla, el Asia menor y el Egipto. De modo que por este proyecto la ciudad de Constantinopla, la llave de los mares, que consideraban todos como la verdadera capital del Oriente, esa Constantinopla tantas veces prometida á los descendientes de Pedro el Grande por la opinión universal, opinión engendradora por las esperanzas de los rusos y los temores de la Europa, quedaba con Santa Sofía en poder de los bárbaros del Asia.

Más hubiera agradado á Alejandro otra repartición más completa, de cuyas resultas se adjudicasen á Napoleón, á más de la Morea, las islas del archipiélago, Candia, la Siria y el Egipto, y la ciudad de Constantinopla á la Rusia, é insistió en ello repetidas veces; pero Napoleón, que creía haber cedido lo bastante, y aun demasiado, para granjearse la voluntad del joven emperador, no quiso nunca extenderse á tanto. Ceder la ciudad de Constantinopla á cualquiera que fuese, aunque se cediese á un enemigo declarado de la Ingla-

terra, y permitir que viviendo él emprendiese otro la conquista más soberbia que podía soñar el genio, no convenía á Napoleón. Podía, sí, como cediendo á una propensión natural de las cosas y como para resolver muchas dificultades europeas, y finalmente para proporcionarse una alianza poderosa contra la Inglaterra, permitir que el torrente de la ambición rusa invadiese la falda de los Balkanes, sobre todo tratándose de desviar su corriente del Vístula; pero no podía permitir que traspasase aquellos montes tutelares. No podía tolerar que otro acabase á su presencia la obra más grande de los tiempos modernos: era demasiado celoso de la grandeza de la Francia, y demasiado celoso de ser él solo el que ocupase la imaginación del género humano para consentir semejante usurpación de su propia gloria.

Así es que, á pesar del deseo de cautivar á su nuevo amigo, nunca accedió á ninguna otra repartición más que á la que despojaba á la Puerta de las provincias del Danubio, mal sujetas al imperio, y de la Grecia, ya harto conmovida para sufrir mucho tiempo el yugo de los turcos.

Un día, de vuelta de un largo paseo, se encerraron los dos emperadores en su gabinete de estudio, donde tenían desplegados numerosos mapas, y Napoleón, como prosiguiendo una conversación trabada con Alejandro con cierto calor, pidió á Mr. Meneval un mapa de Turquía, lo extendió, y volviendo á la discusión puso resueltamente el dedo sobre Constantinopla, exclamando repetidas veces, sin temor de ser oído por el secretario, en quien tenía una ciega confianza: «¡Constantinopla! ¡Constantinopla! ¡Nunca! Es el imperio del mundo (1).»

Pero era bastante halagüeña la perspectiva que ofrecían la Finlandia y las provincias del Danubio como premio de la cooperación de la Rusia en los proyectos de la Francia para seducir á Alejandro, cuyo reino podía con tan vastos territorios igualar al de Catalina la Grande, y por lo tanto, sin dejarse argüir demasiado, accedió á cuanto se le pedía.

Convínose, pues, en que la Francia y la Rusia se ligarían desde aquel momento con una alianza íntima, defensiva y ofensiva al mismo tiempo, reconociendo para el porvenir unos mismos amigos y enemigos, y dirigiendo en toda ocasión hacia un mismo objeto sus fuerzas reunidas de mar y tierra. Se prometió que el número de hombres y de navíos que hubieran de emplearse en cada caso particular se determinarían más adelante por medio de un convenio especial. La Rusia entretanto debía prometer su mediación para con el gabinete británico á fin de conseguir el restablecimiento de la paz con la Francia, y caso de no ser aceptada esta mediación bajo las condiciones marcadas por Napoleón, debía declarar la guerra á la Gran Bretaña. Inmediatamente después se debía obligar á toda la Europa, sin exceptuar el Austria, á concurrir á esta guerra. Si la Suecia y Portugal se oponían, como era fácil prever, debía ocupar la Finlandia un ejército ruso y el Portugal

(1) Soy deudor de estos pormenores al mismo Mr. Meneval, testigo ocular; y además de la veracidad de este respetable testigo, responden de su exactitud las correspondencias de MM. Savary y Caulaincourt, que demuestran que apesar de todas las instancias de Alejandro, nunca se traspasó el límite de los Balkanes.

un ejército francés. Por lo tocante á los turcos, obligábase Napoleón á ofrecerles su mediación para ponerlos en paz con la Rusia, y por si lo resistían se estipulaba que la guerra de la Rusia contra ellos sería común á la Francia, y que las dos potencias harían después lo que más les conviniese con el imperio otomano, debiendo empero respetar, en cuanto á la desmembración, el límite de los Balkanes y el golfo de Salónica.

Una vez adoptadas en sustancia estas resoluciones, se encargó Napoleón de redactar por su propio puño los tratados patentes y secretos en que debían consignarse. Era menester no obstante ponerse de acuerdo acerca de esa malhadada Prusia, que Napoleón había prometido no destruir enteramente y dejar en parte subsistente para no desairar á Alejandro. Dos condiciones fundamentales había propuesto Napoleón, de las que no quería desviarse, y eran apoderarse, para emplearlas en varias combinaciones, tanto de las provincias alemanas que poseía la Prusia á la izquierda del Elba cuanto de las provincias polacas que se le habían agregado en los diversos repartimientos de la Polonia. Componían entre unas y otras provincias nada menos que una mitad de los Estados prusianos en territorio y población. Quería Napoleón componer con las provincias de Westfalia, Brunswick, Magdeburgo y Turingia, adquiridas por la Prusia antigua ó modernamente, reuniéndolas con el gran ducado de Hesse, un reino alemán, que se denominaría reino de Westfalia, y que se proponía dar á su hermano Jerónimo para introducir en la confederación del Rhin un príncipe de su familia. Había ya coronado á dos de sus hermanos, dando al uno el reino de Italia y al otro el de Holanda, é iba á establecer al tercero en Alemania. El Hannover, que había pertenecido momentáneamente á la Prusia, quería reservarlo como prenda de la paz con la Inglaterra. En cuanto á la Polonia, su intención era empezar su restauración por medio de las provincias de Posen y de Varsovia, que constituiría en Estado independiente, para pagar los servicios de los polacos, los cuales, aunque de poca utilidad hasta entonces, podían en lo sucesivo hacer méritos así que reuniesen á su natural valentía las ventajas de la organización, y también para enmendar, destruyendo la obra de Federico el Grande, su obra más vituperable y principal, que era la desmembración de la Polonia. No sabía Napoleón qué parte podría con el tiempo quitar al Austria, á trueque ó por fuerza, de las provincias polacas que esta potencia detentaba; mas entretanto hacía renacer la Polonia creando un estado polaco de bastante extensión y de verdadera importancia. Para facilitar más esta restauración, pensó evocar otra institución de lo pasado, dando la Polonia á la Sajonia. Con esto, destruyendo la Prusia, una de las grandes monarquías de Alemania, se proponía substituir á ella otras dos nuevas monarquías aliadas, la Westfalia, compuesta de retazos, para su hermano menor, y la Sajonia, engrandecida en un doble, destinadas ambas, según todas las apariencias, á serle fielmente adictas. De este modo pensaba reconstituir un nuevo equilibrio alemán, substituyendo dos alianzas á la poderosa alianza de la Prusia, que había perdido. Daba, pues, por límites á la confederación del Rhin el Inn por el Austria, el Elba por la Prusia y el Vístula por la Rusia.

Pocos reparos tenía la Rusia que oponer á estas combinaciones, sobre todo habiendo ya tomado el partido de asociarse á la política francesa. Todas aquellas creaciones y desmembraciones de Estados alemanes le eran casi indiferentes, á excepción de los sacrificios impuestos á la Prusia y de la reconstitución de la Polonia. Aquéllos especialmente eran en cierto modo bochornosos para el emperador Alejandro cuando recordaba los juramentos que sobre la tumba de Federico el Grande había prestado y las demostraciones de lealtad caballeresca que había prodigado á la reina de Prusia. La monarquía prusiana quedaba reducida, de nueve millones y medio de habitantes, á cinco millones: sus rentas, de ciento veinte millones de francos, bajaban á sesenta y nueve millones. No podía, pues, Alejandro, pasar por un cercenamiento tal de su aliado sin hacer algunas objeciones; expúsolas á la consideración de Napoleón, y fué oído con frialdad. Napoleón le respondió que sólo por su consideración dejaba tantas provincias á la Prusia, porque si no hubiera querido complacerle, la hubiese reducido á Estado de tercer orden; hubiérala despojado de la misma Silesia, dándosela á la Sajonia para trasladar á ésta todo el poderío de que había gozado la Prusia, ó bien al Austria para recibir de ella en cambio las Galitzias.

Mejor hubiera sido en verdad esta doble combinación. Una vez tomada la resolución de sacrificar á la Prusia, más valía aniquilarla enteramente que destruirla á medias. Siempre es un mal sistema derribar antiguos Estados para crear otros nuevos, porque los antiguos reviven fácilmente, y los nuevos fácilmente perecen, á no ser que al hacerlo se obedezca al impulso irresistible de los acontecimientos. A la fuerza de las cosas era debido el engrandecimiento progresivo de la Prusia y la destrucción progresiva de la Polonia y de la Sajonia. Cuanto se intentaba en este sentido parecía destinado á larga duración; cuanto se hacía en sentido contrario acababa al momento. Para dar alguna consistencia á lo que se meditaba, hubiera sido preciso debilitar en seguida tanto á la Prusia, y fortalecer tanto á la Sajonia y á la Polonia, que no le quedasen á la primera medios para renacer, y, por el contrario, las otras dos contasen con muchos elementos para sostenerse. No reconstituyendo, pues, la Prusia completamente, lo cual hubiera sido preferible á todo, lo mejor que hubiera podido hacer Napoleón sería aniquilarla de todo punto. Además de la suerte que estaba reservada á la Prusia, veía Alejandro con cierto disgusto la restauración de la Polonia; pero Napoleón puso mucho empeño en convencerle de que la Rusia debía detenerse en el Niemen por el lado del Occidente; procuró demostrarle que si lo traspasaba para aproximarse al Vístula, como lo había hecho cuando la última repartición de la Polonia, se hacía sospechosa y odiosa á la Europa, cargaba con súbditos que siempre tal vez se le mostrarían rebeldes, y por una conquista dudosa se exponía á la dependencia de otras potencias vecinas, siempre dispuestas á fomentar en ella disturbios; que lo que le convenía era buscar su engrandecimiento por otro lado; que el Norte le estaba abierto hacia la Finlandia, y el Oriente hacia la Turquía; que en esta última dirección principalmente tenía abierto el camino de la verdadera grandeza, á una grandeza sin límites, puesto que se le ofrecía como perspectiva

la misma India; que si procuraba su incremento por aquel lado, encontraría en el continente amigos, aliados, y á la Francia principalmente, y sólo tendría por contraria á la Inglaterra, cuyo poderío, reducido á sus naves, nunca alcanzaría á disputarle las orillas del Danubio.

Fuertes eran las razones de Napoleón; pero aún cuando hubieran sido débiles, no había medio de contradecirlas. Era forzoso elegir entre no tener nada en parte alguna y no engrandecerse por ningún lado, sin poder estorbar que renaciese la Polonia y decayese la Prusia, ó medrar mucho del modo que Napoleón indicaba; y en esta disyuntiva no podía titubear Alejandro. Por otra parte, le tenía el francés tan ganado y seducido, que no era menester hacerle la forzosa. Pero restaba saber cómo llevaría su desgracia Federico Guillermo, el cual, viendo en tal intimidad á los dos emperadores, se lisonjaba tal vez de ser el objeto de sus coloquios y de sacar de ellos todo el fruto apetecido. Aunque el papel era algo embarazoso, se encargó Alejandro de hacerle las primeras insinuaciones, dejando á su cuidado el entenderse directamente con el árbitro supremo que prescribía límites al mundo entero, después de haberle comunicado las resoluciones que le concernían. Federico Guillermo recibió mal sus insinuaciones y se propuso entenderse con Napoleón; pero el desgraciado rey de Prusia, tan poco favorecido á la sazón por la fortuna, aunque indemnizado más adelante, no era capaz de tratar por sí sus propios negocios. Tuvo este príncipe una explicación con Napoleón, y lo mismo que en su primera entrevista, puso todo su empeño en demostrarle que no había merecido su desgracia por cuanto el origen de sus diferencias con la Francia procedía de la violación del territorio de Anspach, cuya provincia había atravesado Napoleón ofendiendo (y en esto principalmente se obstinaba) á la monarquía prusiana. Poca importancia tenía ya esta cuestión al punto á que habían llegado las cosas, pero mediaba la circunstancia de que Napoleón la sostenía por su parte con una convicción igual á la de su interlocutor, porque al atravesar aquella provincia había obrado con entera buena fe, y así ponía el mismo ahinco en tener razón que si hubiera sido el más débil. Fuéronse exaltando los dos monarcas, y el rey de Prusia, en su desesperación, se entregó á un alboramiento enojoso para su dignidad, perjudicial para su causa y embarazoso para Napoleón. Importunado al fin éste por sus exclamaciones, propúsole que le indemnizara su aliado Alejandro, que era quien le había excitado á continuar la guerra cuando después de la batalla de Eylau la paz habría sido posible y ventajosa para la Prusia. «Por último, le dijo, el emperador Alejandro es el que puede indemnizaros sacrificándoos sus parientes, los príncipes de Mecklemburgo y Oldemburgo, cuyos Estados os ofrecen un pingüe resarcimiento por el lado del Norte y del Báltico, ó abandonándoos el rey de Suecia, á quien podéis quitar el Stralsund y la parte de la Pomerania, que de tan poco le sirve. Si el emperador Alejandro accede á estas adquisiciones, mejor situadas que los territorios que se os quitan, si no iguales en extensión, yo por mi parte no me opongo.»

No carecía de motivo Napoleón para proponer á Federico Guillermo que acudiese á Alejandro, el cual en efecto podía ofrecer aquella compensación á la Prusia.

Pero la posición del ruso era ya bastante apurada á causa de la tristeza de sus aliados los prusianos para que la hicieran todavía más dificultosa las quejas, las reconvenções y la fisonomía consternada de sus parientes. Por otra parte, tampoco Federico Guillermo se hubiera atrevido á indicarlo, por lo cual consideró aquella oferta como una rotunda negativa y tuvo que resignarse á perder la mitad de su reino. Podía, no obstante, proporcionarse algún alivio en los pormenores para mitigar su pesadumbre. Dejábasele la antigua Prusia, la Pomerania, el Brandeburgo y la Silesia; pero se le despojaba de la Polonia y de las provincias de la izquierda del Elba, aunque al privarle de estos dilatados territorios se procuraba no dejar muy aislados entre sí los que le quedaban. Federico, en efecto, sólo había conseguido reunir á la antigua Prusia la Pomerania, el Brandeburgo y la Silesia por medio de sucesivas invasiones en Polonia. Faltaba determinar qué partes de la Polonia conservaría la Prusia para que estas provincias estuviesen entre sí bien unidas. Por último, y esto era lo más importante, era menester resolver si al asignar la frontera del Elba á la Prusia se le concedería la plaza de Magdeburgo, más importante en aquel río que las de Maguncia y Strasburgo en el Rhin.

Consentía Napoleón que se trazasen las fronteras de Polonia de modo que la antigua Prusia, la Pomerania, el Brandeburgo y la Silesia se estrechasen cuanto fuera posible; pero al conceder el Vístula inferior á Federico Guillermo, quería quitarle la plaza de Dantzig, declarándola ciudad libre como Bremen, Lubeck y Hamburgo. Por lo tocante á Magdeburgo era inflexible: Maguncia y Magdeburgo venían á ser los sostenes de su poderío en el Norte, y no podía abandonarlas. Mostróse, pues, absoluto en sus determinaciones con respecto á Dantzig y Magdeburgo.

Tuvo que resignarse también el rey de Prusia por lo tocante á Dantzig; pero su empeño era la ciudad de Magdeburgo, porque le proporcionaba en el corazón de la Alemania un punto de apoyo considerable y era la llave del Elba, que se le daba por frontera. Alegaba al efecto, no el motivo político, sino una razón de antigua afección. Realmente los habitantes del ducado de Magdeburgo, diseminados á derecha é izquierda del Elba, entraban en el número de los súbditos más antiguos y afectos á la monarquía; pero nada consiguió con este pretexto, y sus reiteradas instancias, ya con Napoleón, ya con Alejandro, despertaron en éste la idea de llamar á Tilsit á la reina de Prusia, para que con el prestigio de su talento, de su hermosura y de su infortunio, rindiese la voluntad del vencedor de Europa. No se había aquella princesa trasladado antes á Tilsit por causa de los calumniosos rumores á que había dado origen la admiración que la tributaba Alejandro; sin embargo, se recurrió á su intervención como último medio, no de mover groseramente á Napoleón, sino de despertar en él los más delicados sentimientos ante la presencia de una reina hermosa, discreta y desgraciada.

Invitó, pues, Federico Guillermo á la reina á pasar á Tilsit, accedió ella, y se prolongó la negociación, que duraba hacía ya doce días, para que esta princesa tuviese tiempo de hacer su viaje. Llegó á Tilsit el día 6 de julio, y una hora después de su llegada, Napoleón la anticipó su visita. Tenía á la sazón la reina de Prusia

treinta y dos años; su belleza, extremada en otro tiempo, parecía ligeramente ajada por la edad, pero era todavía una de las mujeres más hermosas de su época. Reunía á su mucho talento cierta expedición en los negocios, contraída de resultas de tomar en ellos una participación indiscreta y gran nobleza en su carácter y presencia. Pero el excesivo deseo de agradar al grande hombre de quien dependía, perjudicó á su mismo triunfo. Habló de la grandeza de Napoleón, de su genio y de la desgracia de no haberle sabido apreciar, en términos demasiado estudiados para hacerle mella; sin embargo, no dejaron de resaltar en aquel coloquio la fuerza de carácter y el ingenio de la princesa, á tal punto que el mismo Napoleón, embarazado, tuvo que discurrir para no aventurar palabras que le pudieran comprometer al prodigarla sus respetos y miramientos. Si Napoleón, menos entregado á la idea de acrecentar reinos ingratos ó crear efímeras monarquías, se hubiera en aquella ocasión dejado persuadir y hubiera concedido, no solamente lo que se le pedía, sino también todo lo demás que podía otorgar sin perjuicio de los otros proyectos que resolvía, tal vez se hubiera granjeado el corazón vehemente de aquella reina y el alma recta de su esposo. Pero desairó á la princesa en su demanda oponiéndola los más inflexibles respetos.

Receloso del éxito de esta lucha con una persona á quien era tan difícil contrarrestar, urgiéndole terminar su nueva obra y volver á sus Estados, resolvió acabarla en el término de veinticuatro horas. Había fijado con voluntad inmutable todo lo relativo á la Prusia, á la Polonia y á la Westfalia; había consentido en una demarcación entre la Polonia y la Pomerania, que, siguiendo las orillas del Netze y el canal de Bromberg, iba á unirse con el Vístula por debajo de la ciudad de Bromberg. Relativamente á Magdeburgo hizo una concesión: otorgó que en caso de que el Hannover quedase en poder de la Francia, por no concluirse la paz con Inglaterra ó porque se celebrase sin entregarle el Hannover, volvería á cederse á la Prusia á la izquierda del Elba, y con dirección á Magdeburgo, un territorio de trescientas mil almas, lo cual equivalía á la restitución de la plaza misma.

Nada más quiso conceder. Mr. de Talleyrand recibió órdenes para tratar con Mr. de Kourakín y Mr. de Labanoff y terminar todas las contestaciones el día 7; de modo que la reina, que había ido á Tilsit para influir en bien de la Prusia, no consiguió más que acelerar el resultado que se trataba de precaver, por el mismo apuro en que puso á Napoleón y por el triunfo que estaba á punto de lograr con sus súplicas, graciosas é instantes á la par. Encargados los negociadores rusos y prusianos de conceder ó negar de una manera perentoria, acabaron por ceder: el tratado concluido el día 7 fué firmado el 8, y tomó el nombre tan célebre de «Tratado de Tilsit.»

Hubo en él tres clases de estipulaciones: un tratado patente de Francia con Rusia y otro de Francia con Prusia;

Varios artículos secretos añadidos á este doble tratado; Y por último, un tratado oculto de alianza ofensiva y defensiva entre Francia y Rusia, sobre el cual se prometía el más escrupuloso secreto mientras las dos partes contratantes no se conviniere en hacerlo público.